



Jornadas de Investigación en Filosofía

Departamento de Filosofía. Facultad de
Humanidades y Ciencias de la Educación.
Universidad Nacional de La Plata

¿Intelectuales (o) expertos?: Un estudio de caso en torno a afinidades electivas de una generación de sociólogos posterior a la transición democrática. Javier Auyero, Denis Merklen y Pablo Semán

Nicolás Aliano (UNLP-UNSAM-CONICET)

A Juan Carlos Portantiero.

En él a nuestros profesores de la Universidad de Buenos Aires que supieron poner a la sociología en el seno del proyecto democrático y formar una nueva generación de sociólogos.

Denis Merklen (dedicatoria de *Pobres Ciudadanos*, 2010 [2005])

Nosotros somos esa generación que describe muy bien Silvia Sigal en sus trabajos, que fuimos a la Universidad queriendo ser intelectuales, como modo de hacer política, y terminamos convirtiéndonos en sociólogos.

Denis Merklen (entrevista a D. Merklen, 2009)

Este trabajo trata sobre un grupo de sociólogos que podríamos inscribir dentro de una generación de científicos sociales formados en la Argentina tras la apertura democrática. Se intentara dar cuenta de ciertos rasgos que asumió esta generación a la luz del análisis de algunas de las tramas académicas y sociales en las que se desarrollaron Javier Auyero (Bs. As., 1966), Denis Merklen (Montevideo, 1966) y Pablo Semán (Bs. As., 1964). Nos centraremos en algunos puntos nodales de las trayectorias de estos tres sociólogos actualmente activos, que comparten una serie de “afinidades electivas” a las que buscaremos aproximarnos. Estas *afinidades* son entendidas –siguiendo a Tarcus- como “un movimiento de confluencia activa, de combinación entre elementos heterogéneos que alcanza cierto grado de fusión o unidad” (Tarcus, 2009: 17).

A la vez, intentaré vincular algunas características de esas afinidades con rasgos propios de condiciones generacionales a las que se han visto sujetos. El concepto de *generación*, por su parte, señala que para hablar de generaciones no basta la contemporaneidad cronológica; es necesario, además, que se den cambios en las condiciones de existencia que provoquen que los individuos sean *generados* de una manera distinta (Bourdieu, 1998; Schorske, 1979; Sirinelli 2008). La *situación generacional*, por un lado, limita a los individuos a un determinado terreno de juego de lo posible y sugiere una modalidad específica de vivencia y pensamiento, pero por otro lado habilita en sentido *positivo*, una tendencia hacia determinados modos de conducta, sentimiento y pensamiento, que es inherente a esas *posiciones* (Mannheim, 1993). De esta

manera, indagar sobre ese arco de determinaciones (negativas o positivas) permite reubicar a las personas en las redes sociales en que se conformaron.

A la luz de esta presentación se intenta reflexionar, en la última parte, sobre la emergencia de un nuevo estilo de hacer sociología y una nueva figura intelectual que, sin ser la del intelectual “comprometido” de los ‘70, no es la figura del “experto” que anunciaba Beatriz Sarlo (1994) promediando los noventa, como destino fatal del intelectual público. En todo caso, se busca problematizar aquí cierta distinción simplificada entre “intelectual” y “experto” y mostrar algunas variantes a esta distinción. Frente a la oposición entre la figura del *intelectual* (como aquel que antepone un conjunto de valores universales a su intervención en la esfera pública) y la del *experto* (como figura que actúa en nombre de la técnica y la ciencia, convocando a la neutralidad valorativa y a la especialización), este trabajo se orienta por un movimiento contrario al de esas visiones normativas y dicotómicas sobre las relaciones entre intelectuales y expertos, mostrando a través de estos casos particulares cómo ambas figuras, lejos de marcar los puntos extremos de una línea, pueden conformar un espacio de intersección productiva donde se produce conocimiento sobre la sociedad (Neiburg y Plotkin, 2004).

Los personajes

Graduados en sociología por la Universidad de Buenos Aires entre los años finales de la década del ochenta y comienzos de la siguiente, los tres realizan sus estudios de posgrado en el exterior. Auyero se doctora en Estados Unidos donde se vincula con las teorías sobre la acción colectiva y la perspectiva bourdieuana de Wacquant. Merklen, doctorado en Francia, vincula los análisis sobre acción colectiva con el enfoque de Robert Castel sobre la “cuestión social”. Semán, por su parte, doctorado en Brasil, incorpora fuertemente la tradición antropológica brasileña para el análisis de las culturas populares. Sus libros “consagatorios”, reflejan bastante fielmente estilos académicos de las tradiciones respectivas. En los tres hay sin embargo rasgos teóricos y “*habitus académicos*” convergentes: rápidamente podemos mencionar entre otras *afinidades* el interés por estudios de corte etnográfico en sectores populares, una lectura atenta de Bourdieu, una preocupación por recuperar el punto de vista de los actores y descentrar la posición del analista de presupuestos normativos. Afinidades que a su vez se imbrican con *rasgos generacionales* más amplios, como los debates sobre la transición a la democracia, la influencia de los intelectuales que regresan del exilio, la insipiente apertura del sistema de becas y de investigación en el país; todo ello llevándose a cabo en medio de un proceso profundamente regresivo de desestructuración social que afectaba a la Argentina. Esta combinación es la que los hace pensarse y auto percibirse como generación, a la luz de trayectorias comparables.

Javier Auyero, *etnografía (y) política*

Javier Auyero inició sus estudios en Derecho, pero luego de tres años dejó esta carrera y comenzó a cursar Sociología en la UBA, carrera que estudió entre los años 1987 y 1992. Al reconstruir su trayectoria así recuerda esta etapa:

(...) como muchas de las elecciones que uno toma en la vida dependen de las relaciones sociales que establezcas, conocí a un par de sociólogos que me parecían unos tipos muy interesantes. No entendía muy bien lo que hacían, pero me parecía muy divertido. Lo que más me atraía era su estilo de vida, la vida que lleva un sociólogo. (...) Viniendo del mundo seco y árido del derecho, el mundo de la sociología me fascinó. Y otra cosa, el ambiente. Frente a la facultad de derecho, la facultad de ciencias sociales era otro mundo. Yo estudié derecho en la Universidad Católica, uno de los ámbitos remanentes del conservadurismo católico más recalcitrante (...). Por eso, lo que más recuerdo de mi primer año de sociología era el clima de libertad, la posibilidad de experimentar. (...) Además, había tipos como Portantiero, como De Ipola, y tantos otros que ahora no me acuerdo, que hacían de la carrera algo vivo.

Eran los años de la primavera democrática en Argentina; aún se vivía la ilusión de la democracia sustantiva. Ese ambiente marcaba el clima de la carrera. (...) En esos años, y poco a poco, volvían a la carrera todos los profesores exilados. Me acuerdo del caso más clásico, el retorno de Portantiero a la UBA. En ese ambiente, ser estudiante de sociología era, al mismo tiempo, vivir la democracia. Era, a la vez, una manera de militar e ilustrarse. No era una experiencia exclusivamente intelectual. Era lo que leías, lo que vestías, era -en definitiva- cómo andabas por la vida. Por ejemplo, yo estudiaba sociología y al mismo tiempo militaba en "Humanismo y Liberación", una corriente de izquierda dentro de la democracia cristiana. Me acuerdo que militaba en un barrio popular, haciendo alfabetización y, al mismo tiempo, cursaba sociología. Y una cosa y la otra eran más o menos lo mismo. Parfraseando a Clausewitz, yo diría que la sociología era una continuación de la militancia por otros medios. Pero a medida que fui avanzando en la carrera y mucho más cuando salí al doctorado, empecé a inclinarme más hacia la vida académica y dejé la militancia. (Hurtado Arroba, 2005: 110-111)

En sus palabras se remarca, la importancia de la trama de sociabilidades en la inserción en un nuevo ámbito, ligado a su vez a un "nuevo clima" marcado por la reciente apertura democrática. Se destaca el regreso del exilio de una generación de intelectuales que será clave en la formación de esta generación de sociólogos. Sobre el final del fragmento se anticipa una creciente separación entre "militancia" y "vida académica", y sobre este divorcio entre "política" y "academia" sostiene:

Tiene mucho que ver con mi biografía personal. Mi padre era político, fue diputado, incluso fue candidato a gobernador. Para mí, eso es hacer política. Yo no hago política, en ese sentido. Me preocupo por la política, pero como académico. El divorcio entre vocación política y vocación científica, que una mala lectura de Weber podría llegar a plantear, no tiene mucho sentido; yo creo que van de la mano. Pero el trabajo académico tiene una autonomía, y esto es algo que sobre todo en América Latina –y en Argentina, por su supuesto- cuesta mucho entender. La autonomía académica es algo por lo que hay que pelear sistemática y sostenidamente porque las preguntas que surgen de un académico y las reflexiones que guían la práctica política son distintas. (Idem., 111)

Se subraya una distinción entre la práctica académica y la política, entendida en términos de “autonomía” del científico para la comprensión de los fenómenos políticos. Pero en todo caso esta “autonomía” no debe entenderse como negación del carácter político de la propia práctica, sino como el señalamiento en relación al discurso de la política de una *especificidad* del discurso académico. Advertimos aquí una distancia respecto de una figura de intelectual propia de los setenta, que subsumía la práctica crítica en la política, siendo decisiva “la definición de los intelectuales respecto de la política para su ubicación respecto de las propias posibilidades de intervención cultural y política” (Sigal y Teran, 1992: 45).

En Auyero el carácter político de la práctica académica parece reconocerse en el método mismo de abordaje: *la etnografía*. En relación a su vinculación con la etnografía política sostiene:

Ese interés respondía a que buena parte de la agenda de investigación en Argentina entre los años 85 y 90, todavía giraba en torno al tema de la democracia, los partidos, las transiciones, la consolidación de la democracia, etc. Y se dejaba como algo secundario al tema de las prácticas políticas. (...) Hacer etnografía política implica, por un lado, aislarte de la comunidad en la que estas habitualmente. Pero, por otro lado, entras en extrema sociabilidad dentro de otro espacio social. Esa extrema sociabilidad y ese extremo aislamiento (...) muchas veces te hace correr el riesgo de convertirte en ideólogo, en militante, en simpatizante... en cualquiera de las variantes de una tentación populista de la actividad académica. Entre ese aislamiento y esa sociabilidad están las condiciones de compromiso y distanciamiento que es tan clásica en la etnografía. (Idem., 122)

Al abordar el método y la práctica del investigador se remarca, *por un lado*, un descentramiento de la propia visión de la política del analista, distanciándose de los supuestos normativos presentes en los debates sobre la transición a la democracia; pero a la vez, se enfatiza en la necesaria distancia analítica respecto del “punto de vista del actor”, configurándose en ello una posición política. Comenzamos a ver de qué forma un “clima intelectual” (la “ilusión” democrática, la “libertad de experimentación”, el regreso de sociólogos del exilio), una agenda académica (las críticas a los debates en torno a la transición democrática), unas opciones epistemológicas (la etnografía y los métodos cualitativos), van definiendo un modo de la práctica de investigación y un estilo de hacer sociología.

Denis Merklen. La mirada “estrábica”

Denis Merklen relata así su trayectoria desde su arribo a la Argentina hasta su inserción en el ámbito académico de la facultad de Ciencias Sociales de la UBA:

A los ocho años de edad encallé en Ciudad Evita junto a mis padres y mis hermanos escapando de la dictadura uruguaya, y allí quedamos ubicados más bien entre las capas inferiores de ese espacio del conurbano bonaerense. Vivimos la mayor parte del tiempo en UPCN, un modesto barrio de monoblocks construido por el sindicato homónimo, en

un departamento de dos habitaciones y 50 metros cuadrados. (...) En total viví en Ciudad Evita desde 1974 hasta 1994.

Así que mi llegada al ambiente de la Universidad fue desde lejos y no fue sin dificultad que encontré mi lugar. Los sitios en los que vivía la mayoría de mis compañeros eran para mí lugares exóticos. Recuerdo una reunión de cátedra (yo aún era estudiante y ya ayudante "*ad honorem*") para corregir parciales, un sábado, allá atrás del botánico. Llegar allí y encontrar aquel departamento, entrar en ese inmenso espacio lleno de libros y plantas fue para mí una experiencia que recuerdo todavía. (...) Desde que entré a la Facultad comprendí que de ahí en más estaría al mismo tiempo cerca y lejos de cada uno de esos universos, el de Ciudad Evita y el de la Facultad. Curiosamente, pasaba la misma cantidad de tiempo en el viaje con mis vecinos en el colectivo y con mis compañeros y profesores en las aulas. Así fui construyendo, sin saberlo, una sociología bizca y con tortícolis, mirando a un lado y otro de mis relaciones sociales, dentro y fuera del colectivo, escuchando clases y pensando en mi barrio, en mi familia. (Merklen, 2010 [2005]: 7-8)

En este relato, Merklen intenta dar cuenta de una distancia social que es también distancia espacial, y que en alguna medida presenta como obstáculo epistemológico de la clase media universitaria para comprender las transformaciones políticas que "desde abajo" estaban ocurriendo en la sociedad Argentina. En relación al clima intelectual de aquellos años sostiene:

A fines de 1983 acudí al "curso de ingreso" e inaugure mi vida universitaria junto al regreso de la democracia en marzo de 1984. No es difícil imaginar que vivíamos entonces una verdadera primavera militante. Todo lo que habíamos callado o hablado en casa bajo los susurros del miedo podía decirse ahora en la plaza pública. Los intelectuales de izquierda que regresaban del exilio o del silencio vivían un combate por dejar atrás la revolución e instalar la democracia como horizonte de todos los posibles. Una buena parte de ellos adhirieron, de cerca o de lejos, a la consigna alfonsinista "con la democracia se come, se cura y se educa", que retraducían, más o menos, como "dentro de la democracia, todo; fuera de ella, nada".

Así fue que la reflexión sobre la democracia se entrelazaba inevitablemente con aquella experiencia de los pobres de las afueras de Buenos Aires que una buena parte de las clases medias universitarias ignoraba olímpicamente y que yo vivía como mis más próximos conciudadanos. (...). Afortunadamente algunos profesores nos enviaban hacia el "trabajo de campo" y nos apoyaban, nos daban ideas para pensar nuestras experiencias personales. (Idem., 10)

De modo que, entrelazada con condiciones biográficas ligadas a la trayectoria familiar del autor, y con un nuevo "clima intelectual", se advierte la importancia de aquellos profesores en la definición de un estilo y enfoque definido. En relación a estos apoyos y esta "incitación" al trabajo de campo Merklen comentaba:

En nuestro caso creo que nosotros fuimos al trabajo de campo simplemente porque se dio una coyuntura especial, nosotros teníamos que hacer carreras universitarias y para eso había que tratar de ganarse becas, y las becas las daban haciendo investigaciones

que estuvieran al alcance de lo que uno pudiera hacer. Luego hubo influencia de algunos profesores que nos enseñaron a ver en aquellas anécdotas y fragmentos de nuestra propia experiencia personal, aquello con lo que nosotros estábamos en contacto, nos enseñaron a ver allí a la sociedad, los problemas sociológicos. Una de las personas que en mi caso –y creo que en el de unos cuantos- fue determinante en esa formación fue Ricardo Sidicaro. Nosotros le contábamos: “en La Matanza pasa tal cosa...” y el nos decía: “eso es interesantísimo” y nos proponía una interpretación de lo que nosotros estábamos contando... “tenes que escribir eso”, decía. Nosotros no sabíamos lo que era la etnográfica, ni estábamos en condiciones de saber que había allí una toma de posición respecto de otras cosas... la verdad es esa. (Aliano *et al*, 2009b)

A la vez que se destaca la importancia de estos incentivos, no deja de señalarse la posición ambivalente que en ese camino se empieza a configurar en relación a esos profesores. Se constituye una relación de *distancia* generacional con estos y de *identidad* generacional en relación a algunos de sus pares. Así Merklen continúa:

Por otra parte, yo me daba cuenta muy rápidamente que los sociólogos que enseñaban en ese momento en la universidad de Buenos Aires, que mis profesores, no tenían la menor idea de lo que estaba ocurriendo “abajo”, o en la periferia, y quienes iban a ver, iban con una matriz de mirada tan pre-formateada que el relato que hacían de eso estaba muy empobrecido... Pienso en alguien como Inés Izaguirre cuando fue a ver los asentamientos, por ejemplo, ella después hizo un trabajo de campo, pero luego vino a hablar de la clase obrera y de lo que le pasaba a los obreros... Bueno, entonces ahí sí hay una toma de posición que difiere mucho, y sin lugar a dudas una cosa se juntó con la otra, es decir el trabajo de campo ayudo a afirmar ese punto de vista, porque le dio el sustento, es lo que hizo que nosotros no fuéramos, digamos, “Horacios Gonzáles”: que no escribiéramos ensayos sino que hiciéramos investigación... Luego, éramos jovencitos y empezamos a tener resultados, y entonces eso entusiasmaba a los otros. Por ejemplo, cuando yo hice las primeras cosas sobre los asentamientos, yo podía venir al recinto de la universidad y contar algo de lo que los otros no sabían nada, y esa era una posición en la cual uno se podía afirmar, muy fuerte.

Cuando yo iba a trabajar sobre los asentamientos no había nadie, yo iba a la Matanza, iba a Quilmes y los otros compañeros, Javier Auyero o Pablo Semán o Marcos Novaro, ellos eran los más compañeros de facultad, iban agarrando otros temas y trabajaban sobre sus temas... Éramos poquitos y como que nos repartíamos la sociedad en pedazos y después nos juntábamos y charlábamos... (Idem).

El análisis que se hace del método y estilo de sociología que se va definiendo, tiene que ver con la intervención de una serie de factores que van desde la necesidad de financiamiento –a la luz de la inserción en el sistema de investigación-, hasta nuevas perspectivas epistemológicas en las que ganan legitimidad los análisis de tipo cualitativo. Esto se recorta sobre ese fondo clave de redes de sociabilidad que se van configurando: los vínculos con la generación previa de sociólogos, así como entre pares “que iniciaban el mismo camino” y con los cuales se podían poner en dialogo y discusión los “hallazgos”.

De esta forma se ligan un proceso de desestructuración social acelerado (que llevaba a replantear algunas de las premisas de la década previa), con el insipiente desarrollo de trayectorias académicas de nuevo tipo, en las que se advierte un cambio en el modo de legitimación de los intelectuales. Vemos aquí que se va modelando una figura de intelectual que encuentra su legitimación en la investigación: “esa era una posición en la que uno se podía afirmar”, recordaba Merklen.

En las palabras de Merklen se destaca cómo el cambio de método va dibujando también una perspectiva política específica, una toma de posición en torno a la necesidad de ver a la sociedad “desde abajo”. Así, método y tomas de posición se imbrican y van conformando algunos de los rasgos centrales de esta generación, en una toma de distancia de aquella que los formó. Resulta claro en el caso de Merklen no solo la influencia de un “clima intelectual” – noción que resultaría algo “difusa”- sino de un conjunto de apoyos, incentivos y vínculos concretos, que sostienen la conformación de una nueva generación. Procesos sociohistóricos, rasgos *de campo* (la profesionalización de las ciencias sociales, así como la renovación de las agendas académicas y las redes de sociabilidad que se traman) y rasgos *biográficos* (su “entrelugar social”), convergen en la definición de su estilo. Finalmente, todo ello deriva en sus tomas de posición y su relación con la disciplina y lo que considera su “obstáculo epistemológico”: las transformaciones en la *politicidad* de los sectores populares. Así, definiendo la perplejidad de la sociología y la ciencia política ante los sucesos de 2001, Merklen señala el modo en que las ciencias sociales, centradas en el análisis de las condiciones formales para la consolidación de un nuevo orden democrático, no advirtieron otros procesos que ocurrían simultáneamente: transformaciones ligadas a la politicidad de los sectores populares que “desde abajo” y en un proceso de deterioro de la “democracia social”, ponían en cuestión nuevamente la “democracia entera”.

Pablo Semán, *centramientos y lugar del intelectual en la práctica de investigación*

Su antropología se inscribe en la mejor tradición de la sociología crítica, y su movimiento hacia la descripción etnográfica obedece claramente a una estrategia de salida de los callejones muertos hacia los que la ciencia política de los años noventa condujo a la reflexión social. Hay en el trabajo de Pablo Semán una profunda voluntad política que no puede sino saludarse.
Denis Merklen, (*Bajo Continuo*, 2006: 17 -prefacio)

A Denis Merklen, que sostiene este dialogo y, por eso mismo, no se olvida de cierta parrilla en Paris.

Pablo Semán, (Bajo Continuo, 2006: 21 -agradecimientos)

Pablo Semán es, de los tres autores, aquel que lleva más lejos la reflexión epistemológica como toma de posición del analista. Y en ello comparte a la vez que prolonga ciertas preocupaciones presentes en Merklen. Por un lado, Semán realizará un análisis sobre los centramientos académicos de la sociología no ya ante la “sorpresa” de 2001, sino en el debate inmediatamente posterior. Por otra parte, “contra la práctica tradicional de los intelectuales”, centrada en la valoración de las prácticas desde una posición normativa, plantea la importancia

de anteponer en la investigación la reconstrucción de las categorías significativas de los actores.

En relación al método etnográfico y la coyuntura que se va conformando hacia principios de la década del 2000, sostiene:

Creo que el trabajo de campo etnográfico facilita movimientos de relativización, que son movimientos de suspensión de parámetros que nosotros siempre tenemos la propensión a decir que son universales, cuando en realidad son socio-centrados: son alineamientos del análisis con los parámetros de nuestro grupo social. Entonces, me parece que el método etnográfico ayuda mucho a relativizar. (...) Y me parece que la ausencia de descentramiento, a nosotros nos deja muy convencidos de algunas cosas que no son muy ciertas. Por ejemplo, en muchas investigaciones que se hicieron al inicio de la década del 2000 sobre piqueteros, se supuso una falsa sinonimia entre lo que significaba política para nosotros y política para los otros. Entonces, de esa falsa sinonimia se deducían formas de politización de los sectores populares que después no se vieron confirmadas. Porque nuestra propensión es decir: “*o hacen política como nosotros pensamos que se hace política, o no hacen política*”. (...) Me parece que se depositaron expectativas propias en los movimientos sociales, y se esperaba de esos movimientos, por ejemplo, que no fuesen cooptados, y eso es una definición nuestra, no de ellos. Por el hecho de que esos tipos habían dicho, “¡basta!, protestamos, queremos soluciones”, se suponía que estaban diciendo también “queremos cambios políticos *macro*, queremos cambios políticos en tal sentido”, y eso no se verificó, en todo caso se *atribuyó* a esas personas, una noción de política que no tenían.

(...) todo eso se vinculó muy fuertemente a la aparición de Toni Negri, y una rehabilitación de un radicalismo que hasta hacía poco tiempo había quedado fuera de escena. Entonces, todas las posibilidades de resistencia que se atribuían a los grupos, también empezaron a ser un poco modeladas por los ideales de resistencia que formulaba Negri; y esto te terminaba midiendo a los movimientos de desocupados por su capacidad de encarnar expectativas “toninegrianas”, me parece que era un poco excesivo... Muchas veces los centramientos de los intelectuales se producen por sus propias coyunturas intelectuales, esa no es la primera, ni la única vez que pasó. (Aliano *et al*, 2009a)

En términos un tanto más analíticos, tomando distancia del proceso histórico concreto y las nuevas agendas intelectuales que se abren post-2001, Semán hace referencia a la práctica misma del analista para superar estos “centramientos”, que conduce a una crítica de la “práctica tradicional de los intelectuales”. Se trata de

ofrecer explicaciones alternativas a la práctica intelectual tradicional que confunde la crítica de los fenómenos con su explicación y en realidad hay una explicación y puede haber una crítica, [pero] creo que en todos los casos se trata de demostrar que hay una explicación que la crítica generalmente ignora y que cualquier intención crítica, si quiere ser eficaz y profunda debería tener un nivel más sofisticado de explicación. (...) Como hay una apropiación ingenua de la necesidad de la crítica para validar la práctica de la

investigación, eso se ha pervertido en que se avanza directamente con la exposición de la crítica y la legitimación sociológica post-facto de la misma. Ese me parece que es un tema que hace que mi posición parezca la posición de la neutralidad valorativa. Yo no me excluyo de la necesidad de la crítica, pero no antepongo la necesidad de la crítica y menos confundo la crítica con la explicación. (del Cueto y Lerman, 2008: 203-204)

Se advierte a la luz de estos análisis la toma de posición que opera, para Semán, la perspectiva descentrada y reflexiva que intenta elaborar. En relación a ello sostiene:

Hay algo de lo que yo escribo que tiene una especie de interés en sofisticar la posición de grupos políticos que defienden objetivos políticos que tienen que ver con la inclusión, con la igualdad. Porque creo que, justamente, criticar los análisis socio-céntricos es facilitar la tarea política en relación con esos objetivos. Por lo tanto, muchas de las cosas que yo he escrito riéndome de las expectativas emancipacionistas atribuidas a las revueltas sociales, eran porque pienso que es irresponsable construir proyectos políticos sobre la base de conclusiones de esos análisis, tomadas como hipótesis válidas. (...) Lo que yo intento es tener una conciencia crítica frente a ciertas cosificaciones mentales de grupos que tienen proyectos políticos parecidos a los que yo, por otro lado, aliento. Creo, de todos modos, que la posición del intelectual con el campo político es compleja, porque ese nivel de relación crítica no es el que tenés que tener en la acción política, pero esa reflexión puede mejorar las bases de la acción política. (Aliano *et al*, 2009a)

De modo que hay en Semán un análisis de las relaciones entre intelectual y política que, aunque no resuelto completamente, no se reduce a dicotomías del tipo “neutralidad valorativa” vs. “posición crítica”, o entre “expertos” e “intelectuales”, del tipo de la presentada por Sarlo (1994) de manera un tanto simplificada:

Los expertos, en primer lugar, creen en su neutralidad respecto de los valores y, luego, en que un aspecto central de su tarea es proteger esa neutralidad. (Sarlo, 1994: 181)

El rechazo de la neutralidad valorativa es, en cambio, la condición en la que vive (o vivió) la práctica de los intelectuales. (...) La práctica intelectual encuentra su impulso en la toma de partido. Su terreno es el conflicto de valores. (Idem., 183)

Las reflexiones de Auyero, de Merklen y de Semán en torno a la posición del intelectual en relación a la práctica política, conforman una posición en la que el discurso científico puede informar a la práctica política preservando una especificidad, en la que el relativismo metodológico no es sinónimo necesario de “neutralidad valorativa”, del “abandono de valores universales” o de la “consideración de la práctica académica como no-política”, en los términos de Sarlo. La intención aquí es destacar que la definición de estos autores en torno a las relaciones entre “intelectuales” y “política” no se conforma en base a cierta idea abstracta de las atribuciones de un intelectual, sino que emerge a partir de apuestas epistemológicas conformadas en el marco de relaciones sociales y académicas concretas, y en un proceso de profesionalización de las ciencias sociales. Proceso que era percibido por Sarlo, en buena

medida, como la causa de la emergencia del “experto” como figura central de los noventa y que, podemos considerar, adquirió matices que la propia autora no contemplaba.

Conclusiones

A la luz de estas trayectorias, podemos derivar algunas consideraciones de esos rasgos compartidos en términos de afinidades electivas. Resulta clara la centralidad en los tres de un nuevo estilo de hacer sociología, vinculado al trabajo de campo, a la recuperación de “la perspectiva del actor” y al análisis de las transformaciones de los sectores populares a la luz de los procesos de desestructuración social de las últimas décadas. Pero también resultan evidentes los trazos que imprimen los debates académicos más o menos coyunturales: aquellos ligados a la transición a la democracia, así como los relacionados con los movimientos sociales que emergen pos-2001. En cuanto a las implicancias de este cambio de estilo, parece advertirse que tienen un impacto no solo en el modo de hacer sociología, en el modo en que se va definiendo una figura de intelectual ligada a la carrera académica y la investigación, sino también en las tomas de posición políticas que las apuestas epistemológicas sostienen, así como en la reflexividad que asume la figura del intelectual en la relación con los objetos de investigación recortados y con la sociedad en su conjunto.

En relación a la conformación de ese *estilo* de hacer sociológica, los tres autores formaron parte de un libro clave en ello, central en las ciencias sociales recientes: se trata de *Desde Abajo. La transformación de las identidades sociales (2000)*, coordinado por Maristella Svampa. En ese proyecto se delineaban los trazos de lo que después la propia autora definirá retrospectivamente como “sociologías de la descomposición social”, dando cuenta de las formas que asumía la acción social a la luz de las transformaciones estructurales que sufría el país. En este sentido, *Desde abajo* es en buena medida expresión de esas afinidades electivas: expresión de un estilo compartido de hacer sociología, pero también del sostenimiento, más allá de los análisis “micro”, de una perspectiva común fundada en un horizonte más amplio: la percepción de que había que abordar la dinámica social de la Argentina de entresiglos “desde abajo” para entender sus transformaciones. Retrospectivamente y a modo de balance autocritico de ese “estilo” Svampa sostiene:

La nuestra ha sido una generación atravesada por el escepticismo y, claro está, por la falta de horizonte político, en una época marcada a fuego por la crisis del ideario de las izquierdas y el pasaje a un paradigma neoliberal. Pero también hemos sido una generación que vivió como pocas la profesionalización de las ciencias sociales y la progresiva autonomización de los campos sociales. Esta doble situación condicionó tanto nuestras lecturas políticas como nuestras perspectivas epistemológicas, en la medida en que fue moldeando un tipo de visión, un habitus académico, que en muchos casos terminaba por unidimensionalizar la realidad al soslayar un análisis que contemplara la dimensión de recomposición social que aparece reflejada en los conflictos y en las luchas colectivas. (Svampa, 2008: 22-23)

De esta evaluación Svampa concluye la necesidad de religar “academia” y “compromiso militante”, ello a partir de la renovación de la agenda académica, al prestar atención a las

formas de *recomposición* social (los nuevos movimientos sociales) y a partir de “rehabilitar” las miradas más globales de la tradición de la sociología política crítica. Se destaca el carácter autocrítico que asume Svampa en relación al estilo de hacer sociología que definió a esa generación. Esta autocrítica es edificada en buena medida sobre el señalamiento de una disociación entre “saber académico” y “compromiso político”. Pero leída desde cierta distancia, esta autocrítica “en nombre de una generación” resulta algo discutible. En todo caso podemos matizar el sentido de la crítica a la luz de algunos elementos referidos previamente:

-(1) *por un lado*, al advertir en estos autores el proceso de elaboración de una toma de posición a partir de las apuestas epistemológicas que se van asumiendo (o dado que hay una reflexión explícita sobre las implicancias políticas que la perspectiva asumida sostiene), apuestas que -y ello es lo importante más allá del discurso de los propios implicados- permitirán intervenir en el debate de las ciencias sociales de manera disruptiva; y

-(2) *por otro lado*, dado que es posible dar cuenta de la existencia de un horizonte más amplio en el que se inscribieron estos sociólogos, que no se redujo a la recopilación de “análisis micro”, sino al sostenimiento de una perspectiva común de mayor alcance.

La autocrítica de Svampa, desde una visión explícitamente normativa tiene la virtud de operar a modo de autobalance y demarcación de un “cambio de época”: pone en el tapete la fatiga del discurso académico hegemónico de los noventa –ese al que refería Sarlo- y apuesta al carácter *performativo* de su discurso en la propuesta de un intelectual de nuevo tipo. Pero en esa apuesta, tal vez no hace justicia sobre el significado de esa generación de sociólogos de la que la propia autora se siente parte. En ese sentido y al fin de cuentas, ella junto a los autores recuperados, fueron algunos de los que habilitaron un espacio de discusión al interior de las ciencias sociales, de análisis de las transformaciones que en cierta medida sorprendieron a las visiones más “sociocentradas” de la sociología y la ciencia política previa. Vimos que las redes de sociabilidad y contribuyeron, en buena medida, a habilitar ese espacio.

De manera que, sin olvidar la importancia de la experiencia formativa en el exterior y las improntas de las academias norteamericana, francesa y brasileña en los respectivos estilos, no es menos relevante el entramado con esa generación previa de sociólogos (las menciones a Portantiero, Sidicaro, de Ipola, Sigal, Krosch son recurrentes en este sentido) y su relación de cercanía y distancia con ellos. En suma, para el caso de los autores recuperados, esas “afinidades electivas” tematizadas distan de ser abstractas o casuales: se elaboran y sostienen activamente en una trama de relaciones sociales compartidas, debates que los involucran, citas cruzadas y proyectos colectivos.

De esta forma, estos sociólogos, ligados a la profesionalización de las ciencias sociales, *formados en y tramados con* esa generación que regresó del exilio, no fueron aquellos intelectuales cuya definición respecto de la política era decisiva para legitimar su intervención cultural (Sigal y Teran, 1992). Pero tampoco fueron, como vaticinaba Sarlo¹, “expertos”, especialistas portadores de un saber particularista, despolitizado, pretendidamente neutro. Advertimos en estas trayectorias la constante reflexión sobre las apuestas políticas subyacentes

¹ Así señalaba: “Los intelectuales públicos, es decir hombres y mujeres cuyo teatro era la esfera pública, han entrado por miles en una zona especializada de lo público: la academia. Y en ella trabajan como expertos y no como intelectuales.” (Sarlo, 2009: 179)

a las definiciones epistemológicas asumidas y los efectos de ellas, así como la preocupación por informar a la práctica política desde la práctica académica. Ligados a tramas académicas específicas y procesos sociales concretos, estos sociólogos pudieron poner en palabras el impacto y alcance de las transformaciones sociales que vivían, y con ello, el de las transformaciones de los mismos intelectuales en la sociedad argentina.

Bibliografía

- BOURDIEU, P. (1998 [1979]): *La distinción. Criterio y bases sociales del gusto*, Madrid, Taurus.
- DE DIEGO, J. L. (2001): *¿Quién de nosotros escribirá el Facundo?*, La Plata, Al margen.
- MANNHEIM, K. (1993 [1928]): "El problema de las generaciones" *Revista Española de Investigaciones Sociológicas*. N° 62, pp.193-242, Madrid: CIS, www.reis.cis.es/REISWeb/PDF/REIS_062_12.pdf
- NEIBURG, F. y M. PLOTKIN (2004): "Intelectuales y expertos. Hacia una sociología histórica de la producción del conocimiento sobre la sociedad en la Argentina", en Neiburg y Plotkin (Comps), *Intelectuales y expertos. La constitución del conocimiento social en Argentina*, Paidós, Bs. As.
- SARLO, B. (1994): *Escenas de la vida posmoderna*, Buenos Aires, Ariel, 1994.
- SCHORSKE, C. (1979) "Conflict de generations et changement culturel: reflexions sur le cas de Vienne" *Actes de la recherche en sciences sociales*, Numero 26/27.
- SIGAL S. y O. TERAN (1992) "Los intelectuales frente a la política", en *Punto de Vista*, N° 42, Bs. As.
- SIRINELLI J-F (2008) "Génération, Générations", *Vingtième Siècle. Revue d'histoire*, N° 98.
- TARCUS, H. (2009): *Cartas de una hermandad*, Buenos Aires, Emecé, pp. 13-79 ("Un estudio de afinidad electiva")
- WILLIAMS, R. (1980 [1978]): "The Bloomsbury fraction", en *Problems of Materialism and Culture*, London, Verso.

Fuentes:

- ALIANO, N., et. al. (2009a): "Descentrar la mirada. Las culturas populares: en el latir entre la autonomía y la hegemonía. Entrevista a Pablo Semán", en: *Question*, Numero 24 – primavera de 2009, UNLP, en: <http://perio.unlp.edu.ar/question>
- ALIANO N., J. PINEDO y N. WELSCHINGER (2009b): *Entrevista a Denis Merklen (inédita)*, realizada en La Plata, Noviembre de 2009.
- AUYERO, J. (2001): *La política de los pobres. Las prácticas clientelistas del peronismo*. Manantial, Bs. As.
- DEL CUETO, L. y G. LERMAN (2008): "El ultimo lector. Entrevista a Pablo Séman", *ISociología. Revista electrónica de Ciencias Sociales*, N° 1, Febrero de 2008, en: <http://www.isociologia.com.ar/numero1/pdf/articulo/del-cueto-lerman.pdf>
- GRIMSON A. (2009): "¿Románticos y realistas? Diálogos sobre conocimiento y política", *Papeles de Trabajo*. Revista electrónica del Instituto de Altos Estudios Sociales, UNSaM, N° 5, Bs. As.

- HURTADO ARROBA, E. (2005): "El oficio de la etnografía política. Dialogo con Javier Auyero." *Iconos. Revista de Ciencias Sociales*, mayo, N° 22, Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales, Sede Académica de Ecuador, Quito, Ecuador, en: <http://redalyc.uaemex.mx/pdf/509/50902210.pdf>
- MERKLEN, D. (2010 [2005]): "Prologo a la segunda edición" y Cap. 1: "La política contra la Sociedad" en: *Pobres ciudadanos. Las clases populares en la era democrática (Argentina, 1983- 2003)*, Ed. Gorla, Bs. As.
- _____ (2006): "Prefacio", en: P. Seman, *Bajo continuo. Exploraciones descentradas sobre cultura popular y masiva*, Gorla, Bs. As.
- O' DONNELL, G. (1997 [1992]) "¿Democracia delegativa?", en O'Donnell, *Contrapuntos*, Paidós, Bs As.
- SEMÁN, P. (2006): "Introducción", *Bajo continuo. Exploraciones descentradas sobre cultura popular y masiva*, Gorla, Bs. As.
- SIGAL, S. (2010 [2005]): "Prefacio", en: D. Merklen, *Pobres ciudadanos. Las clases populares en la era democrática (Argentina, 1983- 2003)*, Ed. Gorla, Bs. As.
- SVAMPA, M. (ed.) (2000): "Introducción", *Desde abajo. La transformación de las identidades sociales*, Biblos, Bs. As.
- _____ (2008): "Prefacio" y "Reflexiones sobre la sociología crítica en América Latina y el compromiso intelectual", en: *Cambio de época*, Siglo XXI Ediciones, Bs. As.